

## El perro con cadenas

El enorme perro se levantó una vez más. El último recuerdo que le amparaba su mente era el de tener dificultad para respirar y caer inconciente. Se miró las patas con incredulidad. Eran negras. El fino pelaje marrón que una vez las decoró había sido reemplazado por chamuscados pelos color carbón. Aún así brillaba y reflejaba el asimétrico azulejo de las estrellas. La noche respiraba paz. El viento cargaba consigo el dulce aroma del campo. El perro dio un bostezo y estiró las patas para desperezarse. Se lamió el pelaje del lomo, preparándose así para su primera noche en el paraíso.

De pronto sintió un peso en su espalda. Sus rodillas casi sucumbieron ante la carga. Pesadas cadenas se tensaron alrededor de su lomo y su pecho. Quemaban sus adentros. Se materializaron de la bruma. Rodearon su cuello. Jalaban hacia todas direcciones hasta que los eslabones sobrantes cayeron hacia el suelo para arrastrarse sobre la tierra. Así como el hierro le pesaba en el lomo, la solicitud de un último trabajo forzado pesaba en su alma.

Se dispuso a dar pasos cortos y desganados. Si estiraba las patas de más las cadenas le apretaban el pecho. Deambuló entre los pastizales hasta llegar a un camino de piedra. Ahí se encontró con un borracho caminando en medio del paso.

—¡Un demonio cadejo! Sálvame Dios porque no he pecado... —Se tambaleó al agitarse en su estupor. —No es adulterio lo que hice, fue este demonio. El diablo mete pensamientos impuros en... En... La mente... Ajá...

El perro no hizo mayor gesto. Se sentó y se quedó quieto. Solo intentaba aguantar las cadenas que le quemaban. El pelaje chamuscado desprendía un olor acre. Sintió una punzada de dolor. Se incorporó y caminó hacia el borracho, el cuál dio un paso hacia atrás. El movimiento lo mareó. Se inclinó y vomitó sobre el suelo. Sus manos buscaron sus rodillas como punto de apoyo. Perdió el equilibrio y cayó sobre su propio vómito.

El perro se le acercó y dispuso su lomo como taburete para que el inútil borracho se incorporara. El hombre apoyó el codo sobre él. La presión hizo que la cadena se incrustara más en su piel. Un poco de vómito cayó sobre su cuello. El borracho se puso en pie nuevamente y se limpió con la manga de la camisa. El perro lo miró con repulsión. Apenas podía mantenerse en pie. Sus ojos rojos como el infierno miraban al horizonte y a la vez no miraban nada. La sonrisa estúpida y perenne era únicamente interrumpida por su lengua, la cual sacaba para intentar humedecer sus rocosos labios. Era asqueroso.

El perro se adelantó e hizo una señal para que lo siguiera. El borracho titubeó por un momento, luego dio pasos zigzagueantes hacia el animal. Caminaron juntos por la noche. Las estrellas decoraban el firmamento como si el baile del que provenía el penoso ser hubiera sido decorado en toda la atmósfera. El hombre lo seguía de cerca, aunque siempre a unos cuantos pasos de distancia. Lo miró fijamente. Agitó el brazo, intentando golpear al perro. Le tenía miedo. Era una criatura del infierno capaz de cualquier cosa, más en ese estado alcoholizado.

Finalmente llegaron a la casa del demonio. Subió el pobre escalón de madera y abrió la puerta. Cruzó el umbral y prendió la luz. El perro esperó a que cerrara la puerta tras de sí. El sonido del cerrojo trajo paz a su corazón. El viento perdió la podredumbre del olor a cantina. Las cadenas que le quemaban comenzaron a desvanecerse nuevamente. El vapor que expulsaban al esfumarse le refrescó. Se alejó cautelosamente de la casa. De pronto se escuchó un golpe, luego una mujer gritando de agonía. El perro se detuvo y se volvió hacia la ventana de la pequeña casa. Se veían sombras moverse de un lado al otro. Los gritos de la mujer se amplificaban. El perro soltó una pequeña lágrima. Sabía que sus cadenas estaban ahora puestas sobre el lomo de aquella pobre mujer. Víctima del más ruín de los castigos, velar por un demonio.